

viembre de 1550, se había encargado en seguida del gobierno de su país. También fué á Trento el historiador Sleidano como representante de la ciudad de Estrasburgo. El duque de Wurtemberg y la ciudad de Estrasburgo habían redactado de comun acuerdo una confesion para la cual querian obtener la adhesion de los demás protestantes en el concilio; pero se estrellaron contra la oposicion del elector de Sajonia, que hizo redactar por Melanchton otra confesion, y además procuró dar largas al asunto pidiendo un salvo-conducto para los protestantes como lo había concedido el concilio de Basilea á los husitas. Al fin envió Mauricio algunos consejeros laicos suyos á Trento, y también dió orden á Melanchton para ir allí; pero éste se quedó en Nuremberg hasta que estalló la guerra y se suspendió la resolucion de la cuestion. Lo que hasta entonces hicieron los enviados protestantes que se presentaron en el concilio resultó trabajo perdido, á pesar de los esfuerzos hechos por los representantes del emperador y por los mismos teólogos para allanarles en lo posible el camino, con gran espanto del presidente fanático del concilio y de la curia romana. Al ratificarse la alianza entre la Francia y los protestantes alemanes quedó para Mauricio la cuestion decidida. La alianza fué ratificada en el castillo de Chambord el 15 de enero de 1552, habiendo hecho las últimas negociaciones con la corte de Francia el marqués Alberto, bajo el nombre fingido de un capitán alemán.

Juan Alberto de Meklenburgo atribuyó éste resultado á un destino especial decretado por Dios Todopoderoso, que queria castigar la soberbia. Para completar los últimos arreglos referentes á los subsidios, Mauricio marchó á Hesse secretamente, cabalgando casi siempre de noche, mientras el público le creía en camino para visitar al emperador. En el país de Hesse efectuó su entrevista en 14 de febrero en la poblacion de Friedewalde con el obispo de Bayona y los hijos del landgrave, quedando convenido que la Francia facilitaria para los primeros tres meses en junto 240,000 coronas y 70,000 para cada mes mas. A pesar de todas las advertencias, el emperador con su acostumbrada indolencia é incomprensible ceguera se entregó á la mayor inaccion durante semanas, permitiendo así á los aliados concluir sus preparativos y sus operaciones de avance. Antes de finalizar la primera quincena de marzo, el rey de Francia invadió la Lorena con 35,000 hombres, despues de haber hecho sus devociones en San Dionisio é invocado á otros santos protectores y de haber repetido con mayor rigor los abominables edictos contra los herejes franceses. Al invadir la Lorena publicó un manifiesto calificándose de vengador de la libertad alemana y pidiendo solo como recompensa de su resolucion, inspirada por Dios, la gratitud de los pueblos cuya libertad iba á salvar y la gloria eterna. Mientras el rey de Francia se apoderaba por lo pronto de las tres ciudades lorenesas independientes, Mauricio, el landgrave Guillermo y como socio independiente Alberto de Brandeburgo, unieron á fines de marzo sus fuerzas armadas en número de 30,000 hombres en Franconia y en 1.º de abril se presentaron delante de Augsburgo. Mauricio, Guillermo y Juan Alberto de Meklenburgo en su manifiesto aseguraron que, fieles á lo convenido con Francia, no pensaban resolver la cuestion religiosa con las armas; que las habían empuñado solamente contra la servidumbre bestial, insoportable y hereditaria que les imponia el emperador, citando además especialmente el indigno trato dado al landgrave, la introduccion ilegal de tropas extranjeras, la explotacion indigna de la nacion y la exclusion de los parlamentos de embajadores y representantes extranjeros de potencias bien intencionadas.

El marqués, además, en sus manifiestos, se quejaba de la

vergonzosa influencia de un extranjero que no era noble (Granvela) y del libro de mentiras publicado por Ávila sobre la guerra de Smalcalda. Finalmente se hizo resaltar la necesidad de que se disminuyera y hasta quebrantara el poder excesivo del clero en las cosas divinas y eclesiásticas.

La revolucion volvió á levantar su cabeza bajo el aspecto mas repugnante contra el emperador extranjero, que jamás se había encontrado en tan grande peligro, y mas pronto de lo que se creyó pareció cumplirse el deseo de su discípulo Mauricio de que quedase destruida para siempre la reputacion de Carlos V.

Viejo y enfermizo entró el emperador en el período mas crítico de su vida, siendo solo «un puñado de medicinas,» como dice el diplomático inglés Ascham; mas á pesar de esto la fuerza indomable de la conciencia y de los deberes que ésta imponia, mantuvo erguido aquel cuerpo frágil. Mas que nunca presentóse impenetrable, y el mismo diplomático inglés dice: «Su cara está tan acostumbrada á no dejar entrever ningun movimiento de su corazon, como no he visto ninguna otra en mi vida. Su aspecto pálido no deja ver por ningun cambio de color si una noticia le alegra ó disgusta. Ni su mirada deja adivinar lo que pasa en su interior. Siempre que le he visto me he acordado de las palabras de Salomon: «Alto es el cielo y profunda la tierra, pero el corazon de los reyes es insondable.» Lo único que habla en él es la lengua.» A este exterior rígido respondió, sin embargo, mas que antes una falta interior de movilidad que llegaba frecuentemente á la apatía; y en efecto, el joven Granvela se queja en un escrito del invierno de 1551 que su señor sentia tal repugnancia á pensar en la situacion política, á la verdad poco satisfactoria, que hasta se negaba á dar audiencia á nadie, diciendo que ya sabia lo que le dirian los embajadores y que nada harian por él todos ellos, ingleses, venecianos y príncipes alemanes. Por otra parte, las conferencias relativas á la sucesion habían disminuido su confianza en sus parientes mas próximos y solo continuó dispensándola á su hermana María, á la cual escribió que allí donde convenia luchar con la inteligencia en lugar de la espada, era ella el mejor capitán. A pesar de esto, María tuvo que emplear en su activa correspondencia con su hermano la mas exquisita precaucion para no irritarle, y solo podia comunicarse con entera franqueza con Granvela, que por su parte se franqueaba también con ella, escribiéndole en una ocasion: «Sabe Dios que si no me dedicara exclusivamente al servicio del emperador no aguantaria por todos los tesoros del mundo la situacion en la cual me hallo con frecuencia, si bien me veo honrado mucho mas de lo que merezco.» Sin embargo, en el asunto decisivo discreparon las opiniones de Granvela y de la reina, pues ésta conoció con admirable sagacidad el peligro é indicó el remedio acertado para evitarlo. Desaprobó vivamente que el emperador en lugar de permanecer en Spira para estar en contacto con los Países-Bajos y los rhenanos se decidiera á pasar el invierno en Innsbruck, y le aconsejó con urgencia que se pusiera en mejores relaciones con Fernando y Maximiliano y disimulara por lo pronto en el asunto de sucesion; porque despues de haber triunfado de la Francia, en cuya ocasion conquistaria el infante su reputacion, podría hacer lo que quisiese tanto del imperio como del concilio. No se cansó aquella mujer de llamar la atencion de su hermano y de Granvela hácia el peligro mas inmediato y mas grave que ofrecia en su opinion la ambicion no satisfecha del joven elector de Sajonia, cuyas demostraciones de obediencia y sumision consideraba pura mentira, y decia que para hacer renunciar á Mauricio á sus intenciones hostiles no había mas medio que armarse enérgicamente

contra él; que se ganara por la mano al gobierno francés que enganchaba tropas alemanas; que se perdonara á Magdeburgo, y que el emperador procurara poner de su parte á príncipes alemanes como el de Wurtemberg y otros, y sacar de España todos los recursos pecuniarios que pudiese.

El rey Fernando participaba completamente de la opinion de María respecto de Mauricio, y aconsejó como indispensable el dar la libertad al landgrave si queria evitarse una gran guerra en Alemania. También el legado del Papa en Trento tenia ya noticia del próximo levantamiento de los príncipes alemanes y de sus relaciones con la corte de Francia. El comisario imperial de Magdeburgo, Lázaro de Schwendi, manifestó la profunda desconfianza que le inspiraba Mauricio, el general en jefe del ejército de ejecucion imperial, al cual veía rodeado de rebeldes manifiestos, y dijo que si Mauricio tenia pasar á la corte del emperador era prueba de su mala conciencia.

En suma, no faltaron á Carlos V advertencias del mayor peso, pero las rechazó todas por consejo de Granvela, que no quiso creer que el joven elector cometiese semejante disparate, y en enero de 1552 escribió Granvela que todos iban contra él porque no queria tener miedo; que Mauricio era odiado en toda la Alemania y no tenia recursos para una empresa tan grande, y finalmente que las ciudades protestantes no eran ya tan ricas como antes de la guerra de Smalcalda. El emperador por su parte también preguntó dónde podia encontrar el dinero aquel Mauricio, que era el único que podría ser peligroso. Por otra parte no quiso oír hablar de ser condescendiente en el asunto del landgrave á pesar de interceder por el cautivo los tres príncipes electores laicos y muchos otros magnates alemanes, y á pesar de haber intercedido también en Innsbruck, en el mes de noviembre, el rey de Dinamarca y en cartas el mismo hermano del emperador, el rey de Polonia y el duque de Baviera. A fines de febrero escribió el emperador á su hermano que si sabia que Mauricio meditaba libertar á su suegro á la fuerza, haria decapitar al landgrave sin ceremonias para hacer desaparecer este motivo de queja. El emperador no se dejó apartar de su idea de ver prácticamente hasta dónde llegaban las fuerzas de los rebeldes y de aguardar sobre todo la llegada de Mauricio. Este se arregló de manera que pudo aplazar su viaje de un mes al otro encontrando siempre nuevos obstáculos, y finalmente declaró, á consecuencia de muchos avisos de diferentes partes, que no se meteria en la trampa como el landgrave ó como el fraile asesinado en Transilvania. Granvela rechazó indignado semejante desconfianza, alabando en cambio la innata benignidad y bondad del emperador, cuando á los tiranos mas crueles y á los pueblos mas inhumanos no se había atribuido jamás semejante felonía. Otra razon mas positiva podia alegar Carlos V en apoyo de sus intenciones pacíficas, y era el estado precario de su hacienda, pues en 28 de enero de 1552 escribió á su hermana: «Me hallo por todos lados en tan gran penuria que si los alemanes me atacasen, por pura ignorancia, no sabia hacer mas que darlo todo por perdido.» Carlos V, el señor de medio mundo, no sabia qué hacer y escribió á renglon seguido: «Esta guerra de Parma me conduce á la ruina; todo el dinero de Indias está casi consumido.» En su opinion era lo mas urgente no mostrar en situacion tan penosa el menor miedo y limitarse á lo que pudiera hacerse por escrito. Hasta el último momento no quiso creer que Mauricio pudiese realizar sus intenciones. Habiendo llegado ya un consejero suyo á Innsbruck, este mismo consejero aumentó la desconfianza del emperador contra su propio sobrino y su hermano con la falsa noticia de que Mauricio había concertado una entrevista con Maximiliano en Wasserburg. Fernando por su parte

al saber que su hijo había caído enfermo en la citada poblacion, sospechó de seguida que se le había dado un veneno para dejar el campo libre al infante Felipe. Fernando y su hijo Maximiliano disuadieron, no obstante, á Mauricio de su empresa contra el emperador, pero no por esto hicieron nada positivo para auxiliar á Carlos V; porque Fernando tenia fija su atencion en la situacion de Hungría, donde se veía amenazado mas seriamente que nunca por los turcos, y sin consideracion á las súplicas de su hermano empezó á sacar sus tropas del Tirol, mientras la esposa de Maximiliano, la única hija de Carlos V, instaba á su padre para que le pagase el dote. Esta actitud sospechosa de la rama menor de los Habsburgos fué dolorosísima para el emperador y no obstante no le quedó otro recurso mas que solicitar la mediacion de su hermano en vista de su amistad con Mauricio. Por cierto fué una de las mayores habilidades de Mauricio aparentar inmediatamente antes de dar principio á su campaña que aceptaba con mil amores la mediacion, prometiendo á Fernando marchar con él contra los turcos si por su mediacion se lograra una solucion pacífica en su compromiso. Fernando convino en efecto en celebrar una entrevista el 4 de abril en Linz con asistencia de su hijo, en la cual Carlos V se mostró dispuesto á dar la libertad al landgrave en cambio de garantía suficiente; mas ya era tarde.

En 4 de abril Mauricio, en lugar de presentarse en Linz, aceptó la capitulacion de Augsburgo. Esta ciudad tenia, segun refiere un consejero sajón, el aspecto de una casa de duelo despues que el emperador, en agosto de 1551, había expulsado de ella á los predicadores protestantes; y como los príncipes rebeldes prometieron y cumplieron el restablecimiento de la constitucion antigua de la ciudad, no tuvieron los habitantes ganas de sacrificar por el emperador vidas y fortunas como les ordenaba el consejo municipal, compuesto de patricios. Cayó, pues, el *Interim* y los predicadores expulsados regresaron; pero lo que salió bien en Augsburgo no se consiguió en las otras grandes ciudades libres de la Alemania del Mediodía, que se acordaron muy bien del odio que los príncipes tenían á las ciudades independientes y de la concupiscencia que excitaba su riqueza. La ciudad de Nuremberg conocia demasiado bien la perversidad del marqués Alberto para hacer causa comun con los príncipes aliados y permitir el paso á su gente armada, y á lo mas convino en pagar una contribucion de 100,000 florines en cambio de lo cual Mauricio y el landgrave Guillermo aseguraron á la ciudad que la eximirian de todos los perjuicios de la guerra. Delante de Ulm encontraron los aliados una resistencia que no habían esperado, porque sin acordarse esta fortísima ciudad del mal trato que había recibido del emperador resistió á todas las amenazas de los contrarios, á su bombardeo y hasta á la asolacion mas terrible á que el feroz brandeburgués sometió su territorio. Se conserva una cancion de Ulm en la cual se expresa una opinion muy favorable al emperador al paso que muestra su odio á «la caterva papista» y trata á Mauricio y á sus compañeros de perdularios.

Con igual energía rechazó Estrasburgo las alevosas intenciones del rey de Francia, no permitiendo á su gente armada la entrada en la ciudad para sus necesidades personales; y el mismo Schartlin dijo que procedieron muy bien los de Estrasburgo, porque si los franceses hubiesen entrado, no habrían salido jamás sino á la fuerza. Los ciudadanos de Augsburgo quedaron también muy sorprendidos cuando Schartlin, que había mandado en otro tiempo su fuerza ciudadana, trató de obtener para sí, con la ayuda de Francia y de los príncipes aliados, una gran suma de indemnizacion.

La actitud decidida de Ulm y Estrasburgo resalta mucho mas si se compara con la pusilanimidad lamentable de los

principes electores rhinianos y con la neutralidad solapada de los duques de Baviera y de Wurtemberg. El joven duque Alberto de Wurtemberg, que había sucedido en 7 de marzo de 1550 a su padre Guillermo, dejó a sus súbditos en libertad de servir de su cuenta y riesgo a quien quisiesen al paso que estaba en trato íntimo con el marqués Alberto; y los duques de Baviera sintieron otra vez la ambición de adquirir para su familia la dignidad imperial, desde que vislumbraron la contingencia de que fuese destronada en el imperio la familia de Austria.

Por el momento pareció que habían desaparecido los contrastes religiosos ante los intereses políticos, y hasta los principes electores eclesiásticos y otros magnates como el obispo de Wurzburg, el duque de Julich, el elector del Palatinado y el duque de Wurtemberg se arreglaron con los protestantes sobre la base de que en lugar de la asamblea conciliar se reuniría en Alemania ó un concilio general, en el cual todos los clérigos habían de ser eximidos de sus compromisos con Roma, ó un concilio puramente nacional. El mismo emperador encontró prudente exhortar al pueblo de Ulm a mantenerse fiel, al mismo tiempo que lo tranquilizó respecto de la religión. El hecho fué que únicamente las pocas ciudades libres que profesaban la religión protestante impidieron en aquellas semanas el triunfo completo de los aliados, porque todos los principes vecinos estaban dominados por el miedo de comprometerse.

El emperador sorprendido continuaba en Innsbruck como anonadado ó según dice una canción de aquellos tiempos, «dominado por el sueño.» En 6 de abril se puso en camino atravesando el Wurtemberg para dirigirse al Rhin y a los Países-Bajos viajando en un carruaje cerrado, fingiendo que era una señora que se trasladaba a los baños de Wildbach (en la Selva Negra), pero tuvo que retroceder por no estar ya libre el paso al lago de Constanza. Se encontró, pues, tal como había escrito a Fernando, en la alternativa de pasar por una gran vergüenza ó meterse en un gran peligro. Fernando aconsejó a su hermano que no abandonara en ningún caso el territorio del imperio y que se sostuviera en el Tirol, a cuyo efecto hizo volver atrás a su infantería, que estaba ya camino de Hungría. Los miembros del gobierno de Innsbruck se esforzaron no obstante mucho tiempo en vano para conseguir siquiera una audiencia del emperador ó mejor una decisión clara, para poder disponer lo necesario para defender energicamente su país. Granvela les aconsejó que trataran con el enemigo.

Entretanto Mauricio, calificado ahora por el rey Fernando de inconstante como el tiempo de abril, había llegado a Linz el 18 de abril y en las entrevistas en las cuales tomaron parte, además del rey Fernando, sus dos hijos Maximiliano y Fernando, el duque de Baviera y varios consejeros del emperador y del elector de Brandeburgo, no se llegó por lo pronto a ningún acuerdo en las cuestiones contenciosas, por cuya razón se convino en verificar una nueva reunión en 26 de mayo en Passau, para la cual se convocaron mas principes del imperio. Por lo pronto fué decisiva la declaración de Mauricio que dijo que no podía convenir en ningún armisticio sin el consentimiento de sus aliados, pero fijando su comienzo probable en 11 de mayo. Despues avisó el día 10 de este mes desde su campamento de Gundelfingen que no le había sido posible conseguir que se fijara el comienzo del armisticio antes del 26 de mayo. Con esto ganaron Mauricio y sus aliados tiempo para dar un gran golpe contra el emperador. Además había podido observar Mauricio en las entrevistas de Linz que el rey Fernando, deseoso en primer lugar de que se hiciera la paz para encontrar el pronto auxilio contra los turcos, no opondría obstáculos al arreglo. No

puedo admitir la opinión de que el rey Fernando procediera traidoramente entonces en perjuicio de su hermano, aunque no había olvidado sus quejas en el asunto de sucesión, ni estaba dispuesto a sacrificar sus intereses en Hungría a la obstinación del emperador respecto de las exigencias de los principes aliados. Fernando, habiendo sido uno de los primeros que habían advertido a Carlos V a tiempo, le aconsejó también a la sazón que estuviese preparado a todo porque se trataba con gente versátil, quejándose de paso con mucha razón que hasta entonces se hubiese hecho tan poco caso de sus advertencias en la corte imperial. A pesar de esto salió de Linz y se dirigió a Innsbruck, donde indujo a su hermano a consentir en el citado aplazamiento del armisticio. A Fernando le convenía evitar toda complicación belicosa con Mauricio; por eso ordenó al gobierno del Tirol limitarse a la defensa del país y conceder en caso necesario a las tropas rebeldes hasta el paso por su territorio. Claro es que esta conducta era siempre ambigua, pero Granvela mismo había recomendado la neutralidad del Tirol, y la actitud del emperador entonces no era propia para pensar en oponer una resistencia desesperada con fuerzas insignificantes. El mismo Carlos V escribió todavía en cartas oficiales que su hermano no tenía nada que ver por lo tocante a su persona con aquella guerra interior facciosa, ni mucho menos tenían que ver con ella sus dominios y súbditos. Con mayor precisión todavía habló Fernando de su neutralidad, diciendo en una carta dirigida a Mauricio que como hermano no le era lícito abandonar al emperador en Innsbruck, a donde había ido justamente confiando en él antes de estallar la guerra.

De todos modos parece que sorprendió la marcha de los aliados al Sur, y el duque de Baviera prometió a los principes rebeldes suministrarles las provisiones que había negado al gobierno del Tirol. El 18 de mayo llegó Mauricio con su fuerza a Fussen, donde el mismo día dispersó cerca de Reutte la infantería imperial, y durante la noche las tropas facciosas al mando de Jorge de Meklenburgo, pasando por senderos escarpados, rodearon la ermita de Ehrenberg, que estaba guardada por el resto de las tropas imperiales y reales y que fué tomada al día siguiente, lo que pareció a los mismos vencedores un verdadero milagro por haber pasado su gente armada, como gamuzas, por grandes peñas. Por la noche de este día, 19 de mayo, huyó el emperador con su hermano a Brunneck, pasando por el Brenner, y la indisciplina de los soldados imposibilitó a Mauricio sacar todo el provecho de su victoria, porque se vió también amenazado por su misma gente amotinada, que le llamaba traidor. También es posible que Mauricio no quisiera coger prisionero al emperador, como podía haberlo hecho, pues era capaz de esto y de mucho mas. Verdad es que en la primavera de 1552 entraba en tratos con el duque de Ferrara, lo que permite pensar que quería coger al emperador por dos lados opuestos. Los Padres reunidos en el concilio se apresuraron a ponerse a salvo a la primera noticia de la entrada de los herejes en el Tirol; y habiéndose anunciado poco antes la suspensión de esta asamblea conciliar se dispersó lo mismo que la aureola del poder imperial ante la proximidad amenazadora de las armas protestantes. Estos días fueron los mas amargos de la vida de Carlos V, y entonces vió ya en su mente el ludibrio, el cautiverio y la muerte, habiendo creído hasta entonces que su causa era la de Dios.

Cuando Mauricio y sus compañeros, el landgrave y el duque Jorge, entraron el 23 de mayo en Innsbruck, destinando para botín de sus tropas todo lo que perteneció al emperador y a los españoles, Carlos se retiró hasta Villach en Carintia; pero despues de haberse presentado real y positivamente la tan temida desgracia recobró su antigua energía,

despachando a todas partes cartas y órdenes para defenderse contra los conspiradores aliados de los franceses. Entretanto los turcos consiguieron una ventaja tras otra, porque hasta en Villach se temió repetidas veces una sorpresa de su parte; y mientras se trabajaba en Passau por restablecer en el imperio la paz, el emperador no cesaba de meditar cómo podría vengarse de sus contrarios y realizar al mismo tiempo sus antiguos proyectos.

Para vengarse le pareció el mejor instrumento la persona del viejo elector Juan Federico, al cual, antes de emprender su huida a Villach, puso en libertad bajo la condición de que permaneciese todavía algun tiempo formando parte de su acompañamiento. El rey Fernando alargó al cautivo la mano en Innsbruck en señal de reconciliación, y algunos días despues el elector se avistó con el emperador; que le hizo saber que quedaba encargado de ejecutar la sentencia dada contra Mauricio, declarado fuera de la ley. Este encargo fué recibido por Juan Federico con mucho gusto, porque si bien había habido durante su cautiverio momentos en que se arrepintió de haber sido demasiado hostil a Mauricio, había acabado por convencerse de que este primo suyo era su verdadero enemigo mortal, y siempre instó a su hijo mayor para que se apartara de un hombre tan infiel, cuya perversion no hacía esperar ninguna mejora. En la corte imperial, al tratarse de la ejecución de la proscripción de Mauricio y viéndose ya Juan Federico en su anterior dignidad de príncipe elector, pidió tolerancia para el culto protestante y para sus predicadores, el restablecimiento del arzobispo de Colonia en su electorado y arzobispado y la amnistía de los rebeldes a excepción de Mauricio, con alguna reducción de poderío del hermano de éste. Por otra parte, Juan Federico impetró en su propio nombre el apoyo de varios principes y ciudades, recordando la feroz tiranía con que Mauricio trataba a su nobleza territorial. En efecto, los estamentos del electorado le habían negado todo auxilio contra Magdeburgo y los nobles de Leipzig y de su territorio se le habían mostrado siempre tan opuestos que Mauricio había procedido judicialmente contra ellos, por lo cual se comparaba su gobierno con el gobierno centralizador y monárquico de Francia, é iguales quejas se habían manifestado algunos años atrás contra el landgrave de Hesse. Aquellos magnates tendían a convertirse de tiranos autócratas en monarcas absolutos; pero este cambio se hallaba todavía en su época de transición, y la posición de los principes tanto por parte del poder imperial como por la de sus súbditos era insegura.

El gobierno francés instaba entretanto urgentemente por que se acabara del todo con el emperador, y Scharlin, entonces defensor fogoso de los intereses franceses, escribió a Mauricio que el rey de Francia, despues de haber visto que Mauricio estaba en relaciones con los Habsburgos, no quería tener mas tratos en toda su vida con ningún alemán.

Entre los aliados se pensó en concertar una unión de herencia mútua bajo un protectorado francés permanente, y Juan Alberto de Meklenburgo quería también que Inglaterra y Dinamarca entraran en la alianza. El joven landgrave Guillermo aconsejó a su cuñado Mauricio que no acudiera a la entrevista de Passau para que allí no le hiciesen traición, pero Mauricio asistió a las negociaciones desde el 1.º al 24 de junio, sin dejarse desconcertar por las cartas cada día mas violentas de su cuñado, que al cabo le trató abiertamente de traidor. Naturalmente procuró Mauricio impedir que se devolviera la libertad al elector Juan Federico, prometiendo al rey Fernando en cambio su auxilio contra los turcos. Causan risa las mentidas seguridades que Mauricio dió a todas las personas que le convenían y que podían serle útiles en sus proyectos personales de hacerse señor absoluto de Sa-

jonía é independiente del poder imperial. En este sentido pidió en Passau: el restablecimiento de la independencia de los miembros del imperio, ó sea dicho mas claramente, de la independencia y oligarquía de los principes electores, tal como estaba establecida constitucionalmente desde la otorgación de la Bula de Oro; seguridades contra la concupiscencia monárquica de los Habsburgos, tan manifiesta en los últimos tiempos; garantías contra los consejeros y tropas extranjeras, y contra la influencia del emperador en el parlamento y en el tribunal imperial; libre elección del rey de Romanos, y finalmente libertad de los alemanes para servir con las armas como desde antiguo a países extranjeros, aunque fuese contra los Estados hereditarios del Austria. Además pidió que se hiciese una paz duradera entre las dos religiones, independientemente del concilio de Trento y aunque no tuviera éxito el concilio nacional proyectado. No mencionó los deseos de secularización ni del protectorado francés, aunque había llegado también a Passau el obispo de Bayona, que en lugar de ser reducido a prisión, como había deseado el emperador, fué hasta escuchado. Esta política del elector le facilitó extraordinariamente la inteligencia con los principes mediadores. Asistieron a la reunión de Passau personalmente el rey Fernando, Alberto de Baviera, el arzobispo de Salzburgo y el obispo de Eichstadt, y representantes de los principes electores, de los duques de Wurtemberg, Julich, Brunswick y Pomerania, el marqués Juan, el landgrave Guillermo y el obispo de Wurzburg, mostrándose todos mas pacíficos que nunca. Los católicos, de acuerdo ya con los protestantes en las cuestiones civiles, cedieron en la cuestión religiosa hasta reconocer la validez incondicional de la paz entre las dos religiones, es decir, que reconocían el derecho del protestantismo a una existencia legal asegurada. Queríanse dejar para el parlamento próximo el arreglo de la contienda religiosa por un concilio nacional ó general ó por decisión del parlamento, ó también por una conferencia, pero aun en el caso de que este último ensayo fracasara querían los reunidos asegurar la paz sobre la base de la igualdad religiosa; porque habían desaparecido la idea y la posibilidad de hacer a la Alemania protestante, y Mauricio observó al landgrave Guillermo que los protestantes, no teniendo al emperador en su poder, debían felicitarse de encontrar entre los católicos mas bien intenciones pacíficas que fanatismo religioso. Le aseguró además que su proceder, tan criticado, era el mas favorable a los intereses del protestantismo alemán en aquel momento; y respecto de sus intenciones traidoras, dijo que tanto honor y lealtad tenía él como el landgrave Guillermo y el obispo de Bayona.

Los aliados de Mauricio, sin embargo, el landgrave Guillermo, Juan Alberto, el conde palatino Oton Enrique, que se les había agregado, y sobre todo el feroz marqués, hicieron cuanto pudieron por su parte, lo mismo que el emperador por la suya, para que fracasara la obra de pacificación; porque Carlos V activó hasta con precipitación sus preparativos de guerra, accediendo al aplazamiento de la cuestión religiosa para el próximo parlamento, pero no al arreglo previo de la paz religiosa, porque esto sería, según él mismo escribió a su hermano, conceder a los rebeldes impunidad y a los herejes tolerancia. Tampoco quiso conceder la libertad del landgrave ni las reclamaciones políticas antes de ser licenciadas las fuerzas enemigas. Fué inútil que sus propios consejeros enviados a Passau, los estamentos reunidos y su hermano le advirtiesen los peligros de una lucha desesperada, para la cual en ninguna parte podía encontrar aliados. Ni estas advertencias, ni la separación del Papa de la guerra de Italia, ni los progresos de los turcos, ni las cartas de la reina María pudieron conseguir que Carlos V renunciara a lo que

creía su derecho y su deber. Escribió á su hermano: «Si no se tratara mas que del deshonor aceptaria fácilmente por amor á la paz, porque nunca me he resistido á perdonar ofensas contra mi persona, atendiendo al bien general; mas aquí resulta que al deshonor, que podría tragarse en último término, se agrega un cargo de conciencia que no puedo admitir.» Todos los esfuerzos de Fernando, que para vencer esta obstinacion se trasladó á Villach, se estrellaron contra la voluntad de hierro del emperador. Carlos V se empeñó en que se aplazara la solucion definitiva de las cuestiones religiosas y políticas principales hasta la reunion del próximo parlamento.

Mauricio, que á principios de julio habia llegado á Passau, donde no encontró el asentimiento del emperador como habia esperado, se convenció al propio tiempo de la debilidad interior y exterior de la alianza de los príncipes, que sin union entre sí y sin una organizacion sólida de sus fuerzas, con las cuales se mostraban tan arrogantes, no podian emprender con alguna seguridad de éxito una lucha á muerte con el emperador. Esta lucha habia de ser necesariamente bastante larga; y uno de los obstáculos capitales para ella, además de la desconfianza que inspiraba el mismo Mauricio á sus aliados, era el indómito marqués Alberto, verdadera fiera irracional, imágen completa de la bestia humana, como lo llamó un consejero del rey Fernando; lo cual no ha impedido que de este pequeño potentado, precursor de los aristócratas aventureros que pulularon en Alemania despues en la guerra de Treinta años haciendo muchos de ellos fortuna, se haya querido hacer nada menos que un héroe nacional. Este hombre siniestro de lengua barba roja, de cabello largo y melenado, que dejaba en todas partes tras sí la destruccion y la desesperacion, escribia en 1550: «En todas partes reina tan buena paz que es una lástima; toda guerra ha muerto, Dios nos compadezca.» Entonces acababa de dar una prueba de su alma feroz delante de Ulm; pero se mostró en toda su bestialidad despues de haber llevado la guerra incendiando y saqueando por todas partes al pasar á su país, la Franconia. Como facineroso á la cabeza de un ejército imponente se arrojó sobre la ciudad de Nuremberg, su enemiga mortal, y escribió á Mauricio: «Si no teneis á Nuremberg, no teneis ninguna ciudad. Yo puedo causar á esta ciudad mas de 200,000 florines de perjuicio en los alrededores.» Para probar que esto no era una mera jactancia acampó desde el 11 de mayo hasta el 19 de junio delante de esta fortísima ciudad y sin consideracion á las seguridades que los príncipes aliados habian dado á sus habitantes, y no atendiendo tampoco á las advertencias de los mismos príncipes, asoló, incendió y saqueó todo el territorio. Delante de Ulm habia destruido mas ó menos completamente cien poblaciones grandes ó pequeñas; pero en el territorio de Nuremberg destruyó dos pequeñas ciudades, tres conventos, mas de 90 castillos y residencias nobles, 17 iglesias y 170 aldeas, y taló además una grande extension del bosque de la ciudad. La soldadesca de aquel hombre no podia hablar mal de los españoles, porque añadia á sus destruccion la bestialidad mas horripilante, como su amo, que no obstante encontró quien celebrara en verso sus ferocidades. Este indigno vástago de la familia Hohenzollern permitió á sus brutales soldados todos los excesos imaginables, para tenerlos bajo su dominio y para aterrorizar tambien á sus contrarios. En una expedicion contra el obispo de Bamberg le cedió éste mas de una tercera parte de su territorio y la suma de 80,000 florines, y su colega el obispo de Wurzburg prometió pagar 220,000 florines y se encargó de una deuda del marqués de 350,000 florines. Los habitantes de Nuremberg, finalmente, para librarse de este azote, se avinieron á darle 200,000

florines, pero subieron á muchísimo mas los daños que la fiera les habia causado.

Mientras este noble forajido se dirigia siguiendo el curso del Mein hácia el Rhin para saquear de la misma manera al príncipe elector de Maguncia y á otros eclesiásticos, pidió que la reunion de Passau sancionara los citados convenios forzosos que habia hecho con los obispos de Bamberg y Wurzburg. El auxiliar mas notable en estas expediciones de incendios y de saqueos era Cristóbal de Oldemburgo.

El marqués, que desde un principio al agregarse á la alianza de los príncipes se habia reservado completa libertad de accion, fué el elemento que descompuso la asociacion de los príncipes, porque á medida que avanzó hácia el Rhin dió á conocer á cada paso su intencion de prolongar la guerra por su cuenta, apoyándose en la Francia. Cuando Mauricio se propuso conquistar la ciudad de Francfort se agregó á los príncipes otra vez el feroz Alberto; pero la ciudad se defendió victoriosamente contra las huestes de los príncipes, sus correligionarios. Francfort respondió enérgicamente al fuego de los sitiadores y el 20 de julio pereció delante de Sachsenhausen el joven y valiente duque Jorge de Meklenburgo. La situacion de los sitiadores no era muy brillante cuando se presentaron en su campamento delante de Francfort, el dia 24 de julio, los enviados de la reunion de Passau con el convenio. Este se hallaba muy modificado, á pesar de haber dicho el rey Fernando en Passau que las modificaciones imperiales no tocaban á la sustancia del pacto, lo que no impidió que tanto Mauricio como el landgrave se mostraran indignados de tan mísero resultado de toda aquella guerra, empezada bajo tan buenos auspicios. De la paz religiosa perpetua no hablaba ya el convenio; la decision de las grandes cuestiones volvía á depender como antes de la intervencion de Carlos V, y ninguna garantia se daba de que el emperador, una vez libre de sus compromisos, sacrificara á los miembros del imperio sus principios religiosos y políticos, habiendo dado tan palpables pruebas de su tenacidad. Razon tuvo un clérigo italiano muy astuto en contestar á las alabanzas que se hacian del talento de Mauricio, que mala prueba era de aquel talento el haber tenido una vez al emperador á su alcance y no haber sabido hacerle prisionero. El resultado final fué que Mauricio no habia ganado el juego cuando consiguió con grandísimo trabajo que sus aliados firmaran en 1.º de agosto el convenio de Passau. El marqués Alberto calificó á Mauricio de Judas y no quiso aceptar la paz. Las tropas sitiadoras se negaron á retirarse, y entonces Mauricio mandó incendiar su campamento para obligarlas á marchar; pero cuando aquellas tropas supieron que él las queria conducir contra los turcos al auxilio de Fernando, se dispersaron y la mayor parte tomó servicio bajo el mando del feroz marqués Alberto. Este entretanto habia hecho una expedicion de rapiña á los obispados de Spira y Worms, y despues de haber continuado algunos dias delante de Francfort se arrojó sobre Maguncia y Tréveris, obligando en todas partes á las ciudades á reconocer por soberano al rey de Francia, al cual, dijo, queria probar que habiéndole faltado los demás aliados, habia todavia alemanes rectos y leales. El rey de Francia, sin embargo, se mostró poco dispuesto á pagar la suma por la cual el marqués ofrecia entrar á su servicio. En esta situacion se hallaba el magnate aleman en la Lorena, habiendo dejado en Alemania la amenaza de que por cada casa, aldea ó ciudad de su territorio que sus enemigos destruyeran, les incendiaria él diez veces mas; pero por lo pronto sus conquistas hechas en Alemania se hallaban ya en situacion muy precaria, porque Carlos V declaró nulos y de ningun valor los convenios hechos por el feroz marqués con la ciudad de Nuremberg y con los obispos de

Bamberg, Wurzburg y demás y al propio tiempo se dirigió hácia la frontera occidental del imperio.

En el espacio de pocos meses habia cambiado totalmente la situacion en Alemania. Contra todo lo que se habia esperado volvió el emperador á mostrarse tenaz y erguido sin haber cumplido las exigencias mas capitales de sus contrarios y obró con severidad en las ciudades de Suabia, como procediera despues de la guerra de Smalcalda, mientras Mauricio tomaba sus disposiciones para trasladarse con sus fuerzas á Hungría, quedando de todas las fuerzas anti-imperialistas solo las del marqués y en el Norte las de Volrad de Mansfeld. Carlos V habia vacilado entre ratificar por su parte el convenio propuesto por sus adversarios ó vengarse de ellos inmediatamente; y en esta situacion dió orden de retardar la libertad del landgrave, lo que sorprendió mucho á Mauricio; pero el rey Fernando, que esperaba el auxilio de Mauricio en Hungría, protestó tan enérgicamente contra este cambio de la política del emperador que obligó á Carlos á ratificar el convenio. El emperador se dirigió á Augsburgo despues de pasar por Munich, llevando á un lado á Juan Federico y al otro al duque de Alba, y Augsburgo le recibió temblando. No fué prohibida como antes la predicacion protestante, pero fué restablecido allí lo mismo que en algunas otras ciudades de Suabia el gobierno de los patricios. En cambio fué saludado el emperador en Ulm con gran entusiasmo y hasta llegó á reirse de las demostraciones de júbilo, como cuando la ciudad le regaló como resíduo del tiempo de sitio sus bueyes cebados, ya que la caza habia quedado exterminada en todos los alrededores. Tambien visitó la ciudad de Estrasburgo y para mostrarse benigno prohibió el paso de sus tropas por el interior de la ciudad y no habló del *Interim*, si bien no habia que fiar en que no se despertaran en él las intenciones anteriores. Como si nada hubiera sucedido volvió á su antiguo proyecto de transformar el imperio aleman en monarquía suya, y de nuevo corrió el rumor de la formacion de una liga imperialista y del proyecto de nombrar sucesor en la dignidad de rey de Romanos al infante Felipe, prescindiendo del hijo del rey Fernando, proyecto que apoyó en gran manera el elector de Brandeburgo, que deseaba apropiarse los obispados de Magdeburgo y de Halberstadt. El marqués Juan de Custrin se encargó de ganar á su hermano Joaquin. Muy á disgusto de Granvela y de la reina María era la sucesion del infante en la dignidad imperial, pues además de tener una idea muy pobre del infante Felipe, desaprobaban la renovacion de aquellos proyectos por considerarlos extemporáneos, lo que dió lugar á una profunda desavenencia entre las dos ramas de la casa de Habsburgo. Al propio tiempo observó el rey Fernando con disgusto que su hermano no quiso atender á sus pretensiones al ducado de Wurtemberg ó darle á lo menos algunas plazas fuertes del ducado; y cuando Fernando citó en su favor la actitud religiosa del duque Cristóbal de Wurtemberg, Carlos le hizo callar hablándole de la actitud no menos sospechosa de Mauricio, protegido de Fernando. Mas que nunca parecian dispuestos los Habsburgos alemanes á estrechar sus relaciones con Mauricio, el enemigo mortal del emperador.

En cambio sorprendió el emperador al mundo cuando en octubre y noviembre de 1552 hizo paz y alianza con el monstruo Alberto, confirmando los convenios hechos por este bandido con los obispos anteriormente citados y cuyos convenios habia declarado nulos el mismo emperador solemnemente. Al dejar abandonados á aquellos obispos cedió á la situacion en que se hallaba y á los consejos del duque de Alba, haciendo perder á todo el mundo la fe en su palabra. Este paso fué, segun dice Ranke con razon, la mayor concesion que hizo Carlos V en toda su vida á la presion del momento, ahogando

todos los impulsos de su conciencia y sentimiento de honor, y escribiendo á su hermana: «La necesidad no tiene ley.» Por lo demás no dejó de acordarse que pocos meses antes le habian abandonado á él los príncipes del imperio y entre ellos tambien los eclesiásticos.

El feroz Alberto, que rechazado por el rey de Francia apenas podia dominar á sus soldados, á los cuales por falta del oro francés no podia pagar su sueldo, tuvo la suerte, al dirigirse á la corte del emperador, de derrotar una seccion de tropa francesa y de hacer prisionero á su jefe el duque de Aumale, á quien llevó preso á Thionville, donde estaba Carlos V. En el imperio, sin embargo, se cantaban versos satíricos ridiculizando la conducta del emperador, cuya política habia perdido como la de sus contrarios toda moralidad. Carlos V y Mauricio nada podian echarse en cara mutuamente (1).

En otoño de 1552 recobraron su libertad los prisioneros de Smalcalda, pero tambien este acto presentó todas las señales de un trueque en el cual cada uno de los contrayentes no pierde de vista las manos del contrario, porque le cree capaz de todo. Con gran disgusto vió Mauricio que Juan Federico habia recobrado su libertad, si bien éste tuvo que prometer á su primo respetar su posicion; pero por otra parte el anciano magnate fué recibido por sus súbditos fieles con grandísimo entusiasmo, pudiendo tambien reconstruir la fortaleza de Gotha, en vista de lo cual adoptó el título de «príncipe elector nato,» con lo cual resucitó los temores de Mauricio.

El landgrave tuvo que pasar los últimos meses de su cautiverio sufriendo las mas refinadas penalidades, sospechando siempre que moriria envenenado; y en efecto, un biógrafo de Carlos V ensalza el mérito de éste porque no quiso servirse con el landgrave de un veneno que le habian remitido de Milan. Para hacerse cargo de los padecimientos de este infeliz, basta saber que desde su última tentativa de evasion se habian cerrado con clavos sólidamente las ventanas del aposento en que se hallaba preso, las cuales solo fueron abiertas una vez para que el landgrave pudiese ver cómo se daba una carrera de baquetas á un español que habia pasado una carta por encargo del landgrave. El capitán que tenia á su cargo al cautivo obligaba á sus soldados á interrumpir cada noche su sueño y hasta tenia un placer en amenazar al ilustre preso con la muerte, con cadenas y con palos. En una carta en que Felipe, poco antes de recobrar su libertad, suplicaba á la reina María que le protegiera contra tan malos tratamientos, revela los horrores mas insufribles, tanto que el landgrave dice que prefiere estar encerrado en la torre mas elevada ó en el calabozo mas profundo ó estar cargado de cadenas, antes de verse como se veía. Cuando le fué devuelta su libertad habia perdido su antigua osadía y arrojo, pero no por esto volvió quebrantado, lo que no deja de ser una prueba de una gran fuerza de carácter, y hasta hizo un regalo, como habia prometido, á aquel capitán su carcelero. Por severos que sean los juicios que se formen del landgrave, siempre resulta mas elevado su carácter que el del monarca falaz y vengativo que mientras era carcelero del landgrave, adalid del protestantismo aleman, no se avergonzó de dar la mano á un facineroso abominable como el marqués Alberto (2).

Por otro lado no se puede negar á Carlos V la gloria que estando enfermizo y caduco se mostró, sobre todo en la última campaña, mas erguido que muchos guerreros jóvenes.

Los príncipes rebeldes con su ejemplo habian avivado en

(1) Juicio parcial de un enemigo de los Habsburgos y que no está justificado por nada de lo que dice en su historia. (N. del T.)

(2) Entre los príncipes alemanes de aquella época, segun los pinta el autor, habia muy poco en que escoger. (N. del T.)